

CAPÍTULO UNO

—**B**rindemos —propuso Héctor— por el mejor oficial de la Nueva América.

El salón cobró vida con el tintineo de los vasos y el rugido de cien voces. —¡Cornwell! ¡Cornwell!

Los hombres entrechocaron sus copas y sus botellas, y las vaciaron al unísono con un gorgoteo. Al acabarse la bebida que contenían, las depositaron estrepitosamente sobre la mesa o incluso las arrojaron al suelo. Samm los observó en silencio y reguló su telescopio casi imperceptiblemente. La ventana estaba sucia, pero aun así vio a los soldados sonreír y hacer muecas mientras se daban palmadas en la espalda, reían de chistes groseros y trataban de no mirar al coronel. De todos modos, el enlace les informaría sobre Cornwell.

Samm, escondido entre los árboles en el otro extremo del valle, bien fuera del alcance del enlace, no disfrutaba de semejante lujo.

Giró la perilla del trípode para mover el micrófono apenas una fracción de milímetro a la izquierda. A esa distancia, hasta el más mínimo cambio de ángulo captaba el sonido de una vasta parte del salón. Las

voces se hicieron difusas en los auriculares; percibió fragmentos de palabras y conversaciones, y luego oyó otra voz, tan familiar como la de Héctor: era la de Adrián, el antiguo sargento de Samm.

—...nunca se dieron cuenta de lo que les pasó —decía Adrián—. La línea enemiga quedó destruida, tal como se había planeado, pero por unos minutos eso mismo lo hizo mucho más peligroso. El enemigo se desorientó y empezó a disparar en todas las direcciones a la vez, y bajo tanto fuego no podíamos apoyar a Cornwell. Él defendió la esquina hasta el fin, sin dejarse amedrentar, y todo el tiempo el Perro Guardián aullaba y aullaba; casi nos dejó sordos. No hubo Perro Guardián más leal que el suyo. Adoraba a Cornwell. Esa fue la última batalla importante que vimos en Wuhan, y un par de días después, la ciudad era nuestra.

Samm recordaba esa batalla. Hacía casi exactamente dieciséis años que habían tomado Wuhan, en marzo de 2061; había sido una de las últimas ciudades en caer durante la Guerra de Aislamiento. Pero había sido uno de los primeros combates de Samm; aún tenía presentes los sonidos, los olores, el sabor de la pólvora que llenaba el aire. El recuerdo zumbaba en su mente y algunos datos fantasmas del enlace surcaron su cerebro, apenas lo suficiente como para despertar la adrenalina. Casi de inmediato afloraron los instintos y el entrenamiento, que agudizaron su conciencia mientras permanecía agazapado en la ladera oscura, preparándolo para una batalla que solo existía en su mente. A eso le siguió la reacción opuesta: una oleada de familiaridad que tuvo un efecto sedante. Hacía días que él no se enlazaba con nadie, y aquella súbita sensación, real o no, le provocó una comodidad casi dolorosa. Cerró los ojos y se aferró a ella, concentrándose en los recuerdos, deseando volver a sentirlos con más intensidad, pero al cabo de unos instantes fugaces, se desvanecieron. Estaba solo. Abrió los ojos y volvió a mirar por el telescopio.

Ahora los hombres habían dispuesto la comida: unas bandejas de metal anchas, repletas de carne de cerdo caliente. Era bastante

común encontrar piaras de cerdos salvajes en Connecticut, pero se hallaban principalmente en lo profundo del bosque, alejados de los asentamientos Parciales. Para darse semejante festín debían de haberlos cazado bastante lejos. A Samm le gruñó el estómago al ver eso, pero no se movió.

A lo lejos, los soldados se pusieron tensos, ligeramente pero todos a la vez, advertidos por el enlace de algo que Samm solamente pudo adivinar. *El coronel*, pensó, y enfocó el telescopio hacia Cornwell. Lucía tan mal como siempre, cadavérico y semidescompuesto, pero su pecho aún subía y bajaba y no parecía haber nada fatídicamente malo. Una punzada de dolor, tal vez. Los hombres del salón no le prestaban atención, y Samm optó por hacer lo mismo. Todavía no había llegado la hora, pues la fiesta continuó. Se puso a escuchar otra conversación: más recuerdos de los viejos tiempos de la Guerra de Aislamiento, y aquí y allá alguna anécdota de la revolución, pero nada que encendiera su memoria tan profundamente como el relato del sargento. A la larga, fue demasiado estar viendo aquellas costillas de cerdo y oír masticar a los hombres, así que, con cuidado, Samm sacó de su mochila una bolsita plástica con trozos de cecina seca. Era una pálida imitación de las jugosas costillas que estaban disfrutando sus antiguos camaradas, pero era algo. Volvió a mirar por el telescopio y vio al mayor Wallace justo en el instante en que se ponía de pie para hablar.

—El teniente coronel Richard Cornwell no puede hablarles hoy, pero tengo el honor de decir algunas palabras en su nombre.

Wallace se movía con lentitud, no solo al caminar sino también en sus gestos y al hablar; cada movimiento era medido y deliberado. Parecía tener tan poca edad como Samm, como un humano de dieciocho años, pero en tiempo real se acercaba a los veinte... la fecha de vencimiento. En unos meses más, o tal vez unas semanas, empezaría a descomponerse igual que Cornwell. Samm sintió frío y se puso su chaqueta sobre los hombros.

El grupo guardó silencio, y la voz de Wallace resonó con intensidad en el salón, provocando un eco metálico en los auriculares de Samm.

—He tenido el honor de servir al mando del coronel durante toda mi vida. Él mismo me sacó del tanque de crecimiento y me entrenó. Es mejor hombre que la mayoría de los que conozco, y un buen líder. No tenemos padres, pero me gustaría pensar que, si los tuviéramos, el mío sería alguien como Richard Cornwell.

Hizo una pausa, y Samm meneó la cabeza. Cornwell *era* el padre de ellos, en todos los sentidos menos en el estrictamente biológico. Los había educado, los había conducido y protegido: todo lo que hace un padre. Todo lo que Samm nunca podría hacer. Reguló el zoom del telescopio para acercar el rostro del mayor. No había lágrimas, pero estaba ojeroso y se veía cansado.

—Fuimos hechos para morir —prosiguió—. Para matar y luego morir. Nuestras vidas no tienen más que dos propósitos, y cumplimos con el primero hace quince años. A veces pienso que lo más cruel no fue la fecha de vencimiento, sino los quince años que tuvimos que esperar para enterarnos de ella. Los más jóvenes entre ustedes se llevarán la peor parte, pues serán los últimos en marcharse. Nacimos en guerra y nos ganamos la gloria, y ahora nos sentamos en una sala en penumbra para vernos morir.

Todos los Parciales que estaban en el salón volvieron a tensarse, esta vez en forma más perceptible, y algunos se levantaron de un salto. Samm movió el telescopio a toda prisa, en busca del coronel, pero con tanto zoom se desorientó; siguió buscando durante algunos segundos frenéticos, entre gritos de “¡El coronel!” y “¡Llegó la hora!”. Por fin, se echó hacia atrás, alejó el zoom y luego volvió a acercarlo desde una distancia de más de un kilómetro. Encontró la cama del coronel, en un sitio de honor al frente del salón, y observó al anciano que se estremecía y tosía; en las comisuras de su boca había salpicaduras de sangre negra. Ya parecía un cadáver; sus células iban degenerándose y todo su cuerpo

se descomponía en forma casi perceptible, a la vista de todos. Intentó toser, hizo una mueca, tosió más fuerte y quedó inmóvil. El salón permaneció en silencio.

Samm observó, impasible, mientras los soldados preparaban el rito fúnebre: sin decir palabra, abrieron las ventanas, corrieron las cortinas y encendieron los ventiladores. Los humanos enfrentaban la muerte con llanto, con discursos, con lamentos y dientes apretados. Los Parciales la enfrentaban como solo ellos podían hacerlo: por medio del enlace. Sus cuerpos estaban diseñados para el campo de batalla. Cuando morían, emitían una serie de datos que alertaban a sus camaradas del peligro, y estos, al recibirla, emitían a su vez más datos para que se corriera la voz. Los ventiladores empujaban el aire hacia el mundo para que todos se enlazaran y supieran que acababa de morir un gran hombre.

Samm esperó, tenso, sintiendo la brisa a ambos lados de su rostro. Deseaba sentirla, y a la vez, no; era conexión y dolor, comunidad y tristeza. Era deprimente ver cómo ambas cosas se juntaban en los últimos días. Observó las hojas que se agitaban en los árboles allá abajo, en el valle; las ramas que se mecían suavemente con el viento. Los datos nunca llegaron.

Estaba demasiado lejos.

Empacó el telescopio y el micrófono direccional y los guardó en la mochila, junto con la pequeña batería solar. Revisó el lugar dos veces, para cerciorarse de que no olvidaba nada: la bolsita plástica de la comida estaba guardada; los auriculares, también, y tenía el fusil al hombro. Hasta borró con las botas las marcas del trípode en la tierra. No quedaban indicios de que él había estado allí.

Echó un último vistazo al funeral de su coronel, se ajustó la máscara antigás y se escabulló al exilio. En aquel salón no había lugar para desertores.